

Especialidades

Seamos sinceros. Antes de escribir esta Sintonía, se han hojeado tres o cuatro ejemplares de un mismo periódico. La fecha no importaba para el caso. Lo que pudiera haber ocurrido ayer o anteayer, seguro que volverá a ocurrir mañana y en un futuro mucho más lejos todavía.

Al hojear los ejemplares —y sigue la sinceridad— se procuraba encontrar alguna cosa que sirviera para dar luz a esta croniquilla. El intento, de momento, ha salido frustrado. Diríamos, casi, casi, con los analfabetos; lo negro nos sobra. Porque, hay tal aglomeración de texto de toda clase, según en qué periódicos, que uno no sabe ni por donde empezar.

No es de extrañar, pues que desde mucho tiempo nos hayamos especializado en la lectura de los diarios, igual a como muchos se han especializado en la materia filatélica. Uno va derechito a la página literaria y ya nada más le interesa. Otro, se pierde recorriendo la intrincada senda de los anuncios y cuando la ha seguido casi toda, ya no le queda ánimo para leer otra cosa. Nada más que la sección de los sucesos interesan a aquellas almas sensibles, dispuestas a repartir su diaria condolencia entre aquellos desgraciados cuyos nombres pasaron a figurar en el periódico en forma dolorosa.

La sección de política también es de suponer que debe tener sus adeptos. Y el deporte cuenta, indudablemente con la mayoría.

A pesar de ello, con tantas especialidades, no hemos acertado a encontrar la adecuada para esta Sintonía, si bien la hemos sacado adelante. Aunque contando con la bondad del lector en sufrimos. Muchas gracias.

Áncora

SAN FELIU DE GUIXOLS 27 DE MARZO 1958 - NÚM. 526 - AÑO XI

Gamberrismo de segundo grado



Empleo el vocablo gamberrismo con una cierta prevención porqué al hacer tanto uso de él en la actualidad nos vamos acostumbrando a aceptarlo como moneda corriente, y quizá pueda ésto contribuir a que quede fijado en el lenguaje corriente, como un tópico más, aun después que desaparezca del mundo esa corriente malsana que hoy lo invade. Si es que tarde o temprano desaparece, como es de esperar y deseamos.

Además, mejor que llamarlo gamberrismo quizá fuera mejor llamarlo falta de educación al tema que ha sugerido el comentario de hoy. Pero la palabra está escrita y, por tanto, dejémosla tal como está, «gamberrismo de segundo grado», como expresión de menor gravedad de esa enfermedad social que el mundo padece.

El hecho puede presenciarse en una sala de espectáculos cualquiera. Principalmente en una sesión de tarde. En éstas porqué en ellas concurre un mayor contingente de público juvenil, que es el que más carece, por desdicha suya y de los demás espectadores, de la educación necesaria para comportarse debidamente en un acto público.

Yo no concibo, como hay quien pretende así considerarlo, que por el solo hecho de ser joven le sea a uno permitido manifestar sus ímpetus propios de la edad en ciertos lugares y en determinados momentos. Todos hemos sido jóvenes y a todos nos ha gustado expansionarnos a nuestra manera, cuando la ocasión lo ha permitido. A todos nos ha satisfecho dar unas piruetas espontáneas y unos gritos instintivos, impelidos por la euforia vital de los años mozos.

Pero...; alto! Que no somos criaturas indómitas, y la cuna donde nos mecieron al nacer no radicaba en una chabola de tribu. Desde los albores de nuestra existencia tuvimos que darnos cuenta que la sociedad que nos acogía tenía sus instituciones, sus costumbres, sus

leyes de convivencia elaboradas a través de siglos, y que, a medida que fuimos creciendo se hicieron más patentes a nuestra conciencia. Los impulsos infantiles deben tener sus cauces. Tan amplios como se quiera, pero cauces, al fin, donde podamos conducirnos con relativa libertad y sin que nos sea permitido rebasar sus límites.

Así al menos ocurre en los países civilizados. No hablemos, claro está, de los pueblos primitivos en los que ninguna coacción moral no cuenta.

Siendo así, pues, ¿cómo justificar ese vocerío insensato, ese berrear inmotivado de ciertos jóvenes en las salas de espectáculos? ¿Hay que someterse a su inconsciente arbitrio por la sola razón de sus pocos años?

No, señores, no. De lo que se trata aquí es de un problema educativo. A esos jovenzuelos no se les ha enseñado —o no la han aprendido— una disciplina social. Esos mequetrefes no saben distinguir cuando y donde pueden expansionarse a sus anchas, sin menoscabo de su decoro y del respeto que deben a los demás.

A ellos, por lo que se ve, igual les da encontrarse en la calle o en pleno campo que en un recinto público. Parece como si todo estuviera bajo su dominio, como si donde ellos se encuentran quedaran derogados todos los derechos de los demás. Porqué; cuidado con llamarles la atención y pretender reducir sus impertinencias con avisos! Créense intocables y se corre el riesgo de salir malparado de la intervención.

Por otra parte, sería propio de ilusos creer que van a corregirse por las reprensiones que les pueda hacer un espectador cualquiera. El mal viene de lejos y no se puede en unos instantes reparar unos defectos hondamente arraigados. La labor educativa de que carecen debía haber comenzado muchos años antes, donde y por quien correspondía.

¿Qué hacer, pues? ¿Dejarse tirar de la capa y aguantar tantas impertinencias?

Desgraciadamente, el público no puede hacer otra cosa. No puede pretenderse que los ciudadanos que han pagado su entrada para pasar unas horas de solaz tengan la obligación de hacer de mentores de esos indaptados a las leyes cívicas. Ni deben intentar lo siquiera. El resultado sería contraproducente.

Mientras no haya quien con más autoridad obligue a los tales individuos a comportarse debidamente en los espectáculos, el público no tendrá más remedio que aguantar... aguantar... o quedarse en casa.

Xavier